

Serendipia - Lupin

Con las manos apoyadas a ambos lados del lavabo, abrió los ojos y observó cómo corría el agua. Sin prisa alguna se lavó la cara, con el agua helada, para despertarse. Alzó la vista y contempló su rostro en el espejo. La piel pálida, el pelo negro y liso peinado hacia atrás y esos ojos azules más fríos que el hielo. Algo más despierto fue a vestirse; se calzó y salió a la azotea, como siempre. Se detuvo delante de la barandilla y cerró los ojos un segundo, mientras inspiraba profundamente, dejando que el aire frío se le metiera en el cuerpo y escuchando cómo las olas del mar rompían en el puerto. Abrió los ojos y observó el colorido atardecer, que poco a poco dejaba paso a la noche. Ese era el momento en el que de verdad comenzaba su día. Dio un repaso a la ciudad que se expandía ante sus pies, con una mirada indescifrable.

Con sólo 19 años había estado a punto de convertirse en el rey de la ciudad. Sus negocios habían prosperado, casi había alcanzado la cima. Si hubieran llegado los dos barcos de mercancías, que desaparecieron en misteriosas circunstancias, habría superado al Barón y sería al fin el rey de las calles. Aquellos barcos fueron una dura pérdida, pero él no se detuvo a lamentarlo y comenzó a buscar un nuevo negocio, una nueva inversión que diera sus frutos y le subiera a lo más alto.

Huérfano a una edad muy temprana, había crecido en las calles. Sobrevivió gracias a su ingenio, pero decidió que quería algo más: quería vivir, no sobrevivir. Así fue como dejó morir al niño inocente que había sido y se convirtió en el Ladrón de Sombras. Nadie conocía su verdadero nombre, todo el mundo le llamaba Robin. A él lo único que le importaba eran sus negocios, vivía por y para ello y, además, hay que decir que se le daba muy bien, tenía

un ojo increíble para las inversiones y para las personas. Todos y cada uno de sus empleados habían sido seleccionados cuidadosamente, ajustándose a aquello que él quería que hicieran.

Robin se separó de la barandilla y se encaminó hacia las escaleras. Descendió unos cuantos pisos hasta el bajo. Allí era donde todo tenía lugar. Su mano derecha, un hombre al que llamaban Dag por su gran habilidad con las armas, se acercó a hablar con él.

- ¿Alguna novedad? - preguntó Robin.

- Sí, señor - afirmó Dag -, el mensajero acaba de llegar. No ha especificado gran cosa, pero ha dicho que deberíamos ir al puerto, en concreto al tercer muelle, y que tal vez allí encontremos lo que estábamos buscando.

Robin asintió pensativo con la cabeza.

- Dag, ¿Tú qué opinas de todo esto?

- Creo que no perdemos nada por ir a mirar, señor.

- En ese caso pide un carruaje, nos vamos al puerto.

Dag asintió y se fue a pedir el carruaje. Robin le había pedido consejo, como siempre. Dag era un hombre precavido, y aunque en el fondo Robin iba a tomar la decisión que él considerara, le gustaba tener una segunda opinión.

Veinte minutos después estaban en el puerto. Mientras Dag pagaba al conductor, Robin anduvo hacia el tercer muelle. Se detuvo delante de este y observó los barcos; hubo uno en concreto que le llamó la atención. Se llamaba Serendipia. Era un gran galeón de madera, con tres grandes mástiles. Tenía las velas recogidas; sin embargo, a Robin le dio la sensación de que iba a zarpar en poco tiempo.

Escuchó pasos detrás de él.

- Vamos a la taberna a ver qué se dice - dijo sin girarse.

Dag le siguió sin rechistar y entraron en La Taberna del Corsario. Era un antro sucio y con olor a pescado, que frecuentaban pescadores, capitanes, navegantes... Al pasar por la barra, el camarero señaló con la mirada una de las mesas del fondo del local. Robin asintió con la cabeza. Según avanzaban iba escuchando comentarios de otros clientes

- Mira por ahí va el Ladrón...

- ¿Habéis oído lo de las nuevas tierras?

- Cuentan que hay un millón de especias desconocidas, seguro que el que llegue hasta allí se hará de oro...

- ¿Creéis que el Ladrón estará aquí por eso?

- Quien sabe, pero en ese caso deberá andarse con cuidado, dicen que aquellas tierras están infectadas de criaturas peligrosas y desconocidas...

Ni siquiera se había parado a hablar y ya sabía todo lo necesario. O eso pensaba él.

Cuando llegó donde le había indicado el tabernero, se detuvo, y sin que dijera una sola palabra, todos los integrantes de la mesa se giraron para mirarle.

Robin supo enseguida que eran marineros; estaban bien curtidos del trabajo y morenos, resultado de largas jornadas bajo el sol. Sin embargo, no supo distinguir al capitán.

- Quisiera hablar con el capitán - exigió.

- Aquí me tiene - dijo una voz a sus espaldas.

Robin se dio la vuelta y observó, sorprendido, a una chica aún más joven que él. Estaba bastante delgada, tenía la piel morena y una larga trenza de color

oscuro le caía por encima del hombro hasta llegar a la cintura. Levantó la vista y sus ojos se cruzaron con los de ella, grandes y oscuros.

- Vengo a ofrecerle un trato - dijo Robin recobrándose.

- ¿Un trato? - preguntó incrédula - No hay nada que pueda ofrecernos que sea de nuestro interés.

- Yo no estaría tan seguro - repuso él - ¿Es suyo aquel galeón que hay atracado en el tercer muelle?

- Sí, ¿por qué lo pregunta?

- No, por nada. Es solo que me ha llamado la atención. ¿Qué hace un barco de ese calibre atracado aquí? Por vuestro bronceado, deduzco que venís del Sur; por aquí ha habido pocos días de sol desde hace más de un mes. Y si venís del Sur, es que os dirigís al Norte. Pero no creo que quisierais parar aquí, lleváis un montón de mercancía en ese barco, resulta evidente por lo sumergido que está el casco. Aunque, ¿es solo eso? El tercer muelle es el destinado a los barcos que están esperando un arreglo en los astilleros, luego necesita una reparación. Pero arreglar un galeón no resulta nada barato, y a juzgar por su elección para la cena de esta noche - dijo señalando sus platos medio vacíos - yo diría que andan escasos de dinero. Probablemente eso signifique que, a quien sea que le lleven las mercancías, no ha pagado por adelantado, y han tenido que financiar la expedición de su propio bolsillo, con tan mala suerte que, cuando casi habían llegado a su destino, un accidente les hace detenerse en esta ciudad-. Se detuvo para coger aire y terminó diciendo: - Por fortuna para vosotros, tengo la solución a vuestros problemas.

La joven le miró de arriba a abajo con el ceño fruncido decidiendo si podía fiarse o no de él.

- ¿Qué es lo que quiere? - preguntó con recelo.
- Ofrecerle un trato.
- Yo no hago tratos con personas como usted.
- ¿Personas como yo, dice? No me conoce.
- Ya lo creo que sí. He oído hablar de usted, su fama le precede. Desde muy lejos se oye hablar de sus grandes negocios, todos muy legales, pero moralmente discutibles.
- No crea todo lo que oye - y cambiando de tema añadió: -Me gustaría pagar las reparaciones de su nave y dejarles un almacén donde dejar las mercancías.
- ¿Y por qué iba a hacer eso?
- Porque quiero fletar su barco. Quiero que me lleven a esas tierras de las que hablan. Me gustaría saber si las mercancías que traen de allí son tan valiosas como dicen.
- ¿Y por qué supone que sabemos cómo llegar hasta allí?
- Muy sencillo, un mapa de unas tierras que no reconozco asoma de su bolsillo
- dijo muy seguro - Entonces, ¿hay trato?
- De acuerdo...- dijo la joven suspirando- aunque tengo una serie de condiciones...

Así comenzó una dura negociación. Sin embargo, al día siguiente el Serendipia ya estaba en los astilleros mientras su capitana y Robin concretaban algunos detalles antes de su partida...

Esta es la historia de un viaje. Un viaje que cambiará sus vidas para siempre. Que abrirá sus mentes para que vean más allá de lo posible. Que les mostrará la línea invisible que divide el mundo, entre aquellos que sobreviven y los que viven, entre los que se conforman y los que se atreven a soñar a lo grande. Les

demostrará qué clase de persona son en realidad y hasta dónde son capaces de llegar.

En un lugar donde nada es imposible, y todas aquellas cosas que tachamos de locuras existen. Donde están concentradas todas las maravillas que oculta el mundo. Las posibilidades son infinitas y su aventura no ha hecho más que comenzar.